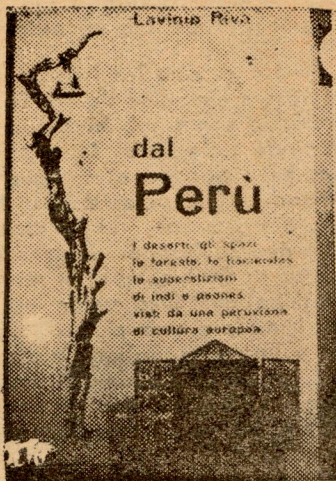


Horizontes de la Cultura

por Diego Mirán

El Perú en un libro italiano



En octubre de 1961 apareció en Bari, Italia, un pequeño y bellamente impreso libro sobre el Perú. Se llamaba simplemente "Dal Perú" ("Del Perú"). Su autora era Lavinia Riva. Hasta ese momento, la señora Riva, que había pasado buena parte de su vida en nuestro país, no era profesionalmente una escritora. El libro fue recibido con aplausos por la crítica y prontamente agotado por el público. Al año siguiente comenzó a circular la segunda edición. Probablemente tendrá otras más. No se trata, sin embargo, de un libro de viaje, ese desarrollo en el gabinete de los apuntes tomados al paso por el transeúnte de pupilas ansiosas de pintoresquismos. Es una colección de relatos, de cuentos breves, en los que si aparecen nuestras costumbres, nuestro modo de ser y vivir, nuestras cualidades y también algunos de nuestros defectos, nada de eso se da en él sino como parte de una historia humana, sencilla y generalmente emocionante.

El libro respira amor. Lavinia Riva recorrió en sus años peruanos acumulando sentimientos, mirando y admirando, dueña de una sensibilidad selectora. De vuelta a Italia vertió todo aquello tan sólo con una remota esperanza de que un día estuviera convertido en edición. "Leonardo da Vinci Editrice" asumió este material tan íntimo y lo convirtió en libro, ilustrándolo con fotografías de Brent Null y Kuroki Riva y con unas viñetas que ornamentan y testimonian el texto. Y he aquí "Dal Perú", evidencias vivas de la existencia simple del pueblo cholo e indio (habría que escribir, y bastaría, del pueblo, nada más), heredero de viejas tradiciones, integrado a su medio física y espiritualmente, singular por su antigua sabiduría y su candor de recién nacido.

No es fácil escribir un libro como el que aquí comentamos. Demasiado tentado está siempre el escritor de oficio por la "literatura". En Lavinia Riva no ocurrió, porque no podía ocurrir, esto: trasladó al papel sus imágenes tal como su memoria las elaborara a la distancia, y en ellas estaba no sólo la realidad plástica sino, lo que es más importante, el ánimo de las cosas, su palpitación, su drama o su gracia. Los temas decidieron su forma, la cual participa, a un tiempo, de la narración evocativa y de la atmósfera poética, un punto equidistante entre lo objetivo y lo subjetivo, en el que ni aquello ahoga a esto ni esto deforma a aquello. Así se explica que la crítica unánimemente haya señalado en Italia el libro de Lavinia Riva como una pequeña joya. La ambición de la autora era únicamente reconocerse en su obra como la persona que caminara, se emocionara, gozara y se asombrara del Perú.

El cronista ha releído, ahora saboreándolas, las páginas de "Dal Perú" en su segunda edición. Y ha de confesar aquí que a él mismo muchos detalles de estos relatos se le hubieran ocurrido, de vivir las mismas anécdotas, pasajeros o baladís, pero que en la redacción de la señora Riva adquieren esa importancia que, por ejemplo, hizo a Azorín el maestro del pequeño mundo cotidiano, no sólo por su habilidad de escritor sino por la justa evaluación de la nimiedad en la trama de la vida humana. A fin de cuentas es la suma de esos caracteres menudos la que confiere personalidad, originalidad y verdad a un individuo o a un grupo. En la Hacienda Palo Seco, en el "Hotel El Oriente" de Pucallpa o en la solemnidad procesional de la cuaresma ayacuchana, hay —lo volvemos a saber por Lavinia Riva— una reserva de espiritualidad y sentimiento que aguarda aún su frutal y definitiva manifestación.